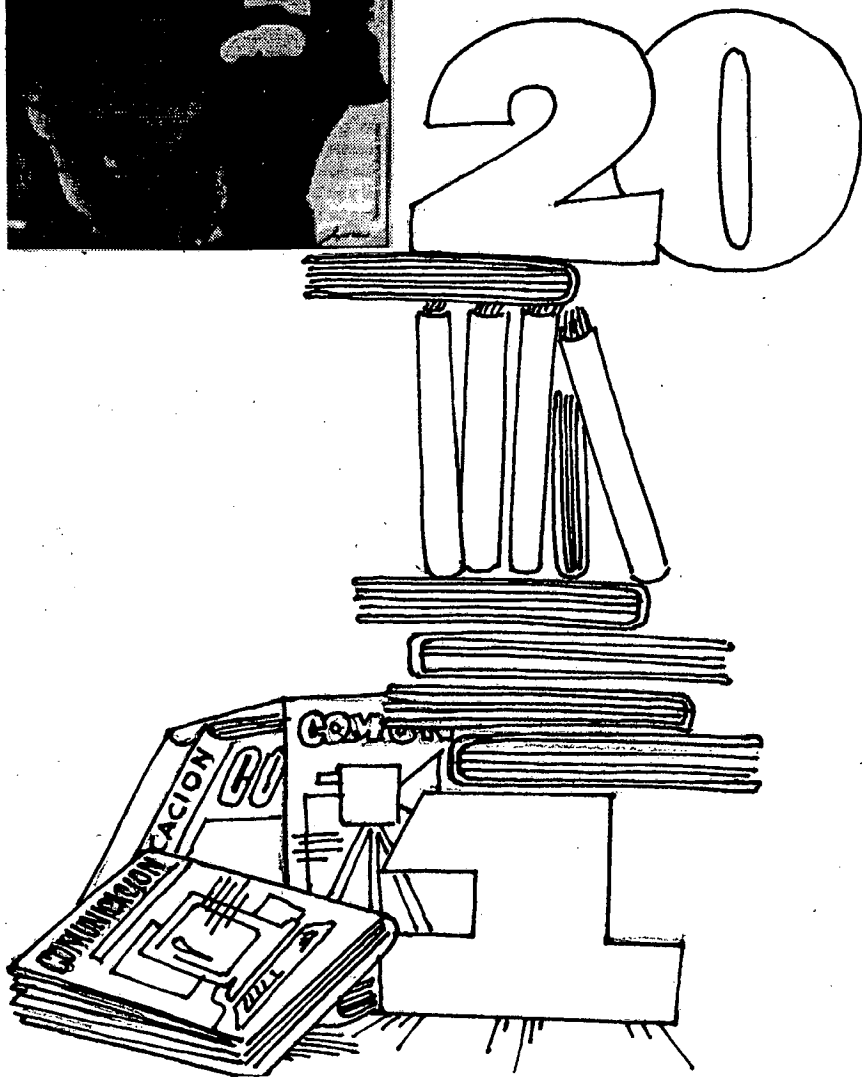


# Celebración de la constancia

Tulio Hernández



\* Discurso en el acto de celebración del vigésimo aniversario de la revista *Comunicación*

**COMUNICACION**

Que una revista venezolana cumpla veinte años de ininterrumpida aparición es suficiente para sentir una profunda gratitud por quienes lo han hecho posible. Pero que la revista sea independiente, especializada y, además, dedicada a evaluar críticamente los fenómenos de la cultura y la comunicación, nos obliga a declarar nuestra más profunda admiración por los responsables de este acto heroico que atenta contra nuestra identidad cultural.

Por eso he aceptado la generosa distinción que me han hecho sus editores para ofrecer unas palabras esta noche de aniversario. Arbitrariamente, como siempre sucede en estos casos, he querido convertirme en portavoz del colectivo para expresar a voz en cuello, un público y emocionado reconocimiento a Jesús María Aguirre, Marcelino Bisbal, José Ignacio Rey y Francisco Tremonti, y con ellos a todos los que les han acompañado en las distintas etapas de la revista. Quiero decirles en nombre de todos sus lectores cuánto celebramos que se hayan encontrado en algún momento de sus vidas, hayan decidido realizar una publicación sobre el tema de cultura y comunicación, y veinte años después no sólo continúen publicándola sino que la hagan cada vez mejor, cada vez más revista, más plural y más brillante, ahora con una visión internacional.

De la revista *Comunicación* se pueden decir muchas cosas. Yo, personalmente, podría ponerme nostálgico y recordarme en los primeros semestres de mis estudios universitarios caminando por Caracas con un pequeño folleto en el bolsillo de mi chaqueta, casi pasquín, casi clandestino, pues si mal no recuerdo ni siquiera aparecía la identificación del equipo editorial. Era el número inicial. O, podríamos, ponernos cronológicos y recordar que *Comunicación* nace en un año de cambios y entusiasmo nacional, cuando el país vivía la ebriedad de dólares del pri-

mer gobierno de Pérez y se creaban las instituciones modernas de la cultura venezolana como el CONAC, el CELARG y FUNDARTE, que están celebrando también sus veinte años.

Podríamos ponernos, por ejemplo, memoriosos y señalar que Venezuela fue una nación pionera en la investigación crítica latinoamericana sobre cultura y comunicación, y que a lo largo de los años setenta y ochenta fue el escenario de gestación de diversas e importantes revistas especializadas en el tema. *Orbita*, dirigida por Evangelina García Prince, pionera en los debates sobre el Estado y las políticas de comunicación. *Video-Forum*, iniciadora de los estudios semiológicos, bajo la dirección de Oscar Moraña. *ININCO*, conducida por Oswaldo Capriles con alto vuelo político y conceptual. *El Periodista*, del Colegio Nacional de Periodistas. Y, por supuesto, la que hoy celebramos, *Comunicación* prácticamente la única sobreviviente pues las demás o están extinguidas o tienen vidas intermitentes.

Podríamos también hacer analogías afectivas. Recordarles a los presentes que veinte años son bastantes y eso lo saben muy bien aquellos que están a punto o hayan celebrado los veinte años de sus hijos. Saben que es el tiempo suficiente para que una vida humana esté plena e inexorablemente formada. Por eso hoy cuando revisaba el poco más de setenta centímetros que la colección incompleta que *Comunicación* ocupa en los anaqueles de mi biblioteca personal, y la tomo entre mis manos y comienzo a revisarla de nuevo, encuentro que efectivamente se parece a los jóvenes que abandonan primero la niñez, luego la adolescencia y así sucesivamente hasta caminar de frente hacia la madurez.

A contracorriente de lo que sucedía en aquella Venezuela exhibicionista de 1975, *Comunicación* nació de la manera más modesta que una revista seria puede comenzar. Un pequeño formato dieciseisavo, una tapa de cartulina como aquellas usadas en preescolar para recortar y pegar, un engrapado elemental, un

texto levantado a máquina de escribir, y un equipo editor tan recatado que sus artículos los firmaban sólo con las siglas de sus nombres, mientras los autores invitados firmaban con nombre y apellido completos.

Pero poco a poco la revista fue cambiando. En el número cinco, al escueto título de la portada se le añadió una referencia promocional al tema del Dossier. A partir del número 7, la revista dio un salto, de 70 páginas engrapadas pasó a 109 páginas también engrapadas. En el número 10-11, la encontramos crecida, con lomo y un escarceo de diseño gráfico en la portadilla interna. Hasta llegar al número 25-26 cuando la revista se da un primer estirón adulto: textos levantados en procesador, lomo con el título y el número legítimamente impreso, inicio de un cuidado mayor en la diagramación y en el uso de ilustraciones, y una nueva calidad en el papel de la portada. En ese proceso de cambios y mejoras llegamos al número 80, cuando la revista experimenta una notable redefinición de su formato, una mejora definitiva en la calidad de su papel y la incorporación protagónica de autores internacionales como Néstor García Can-

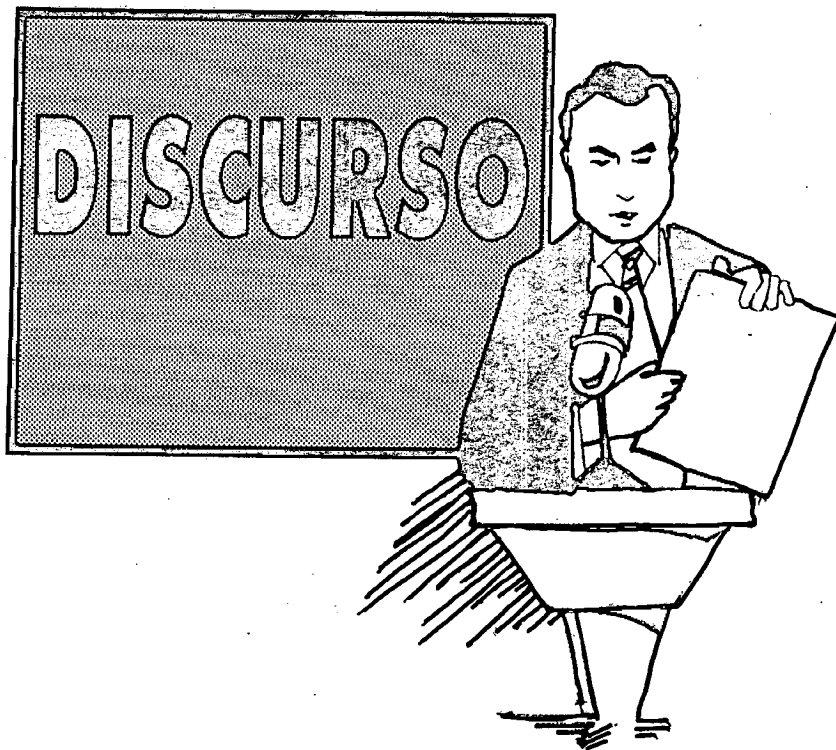


clini o Cornelius Castoriadis, entre otros.

Hablar sobre esta experiencia editorial es una tentación. Se muy bien que es un acto festivo y en espera del estreno de una película no puede convertirse en una lección magistral que la revista merece. Sin embargo, me siento obligado a acuñar algunos juicios sobre su significado.

Entiendo que *Comunicación* es un ejemplo de cómo debe crecer y desarrollarse un proyecto intelectual. Nació modesta pero no se estancó. Nació con una visión ideológica de crítica y de combate pero no se convirtió ni en un panfleto ni en un escenario del dogma. Y en un momento cuando los caminos hacia la justicia no son monopolio de nadie, el equipo se ha atrevido a explorar y a debatir internamente sobre las alternativas en el desconcierto teórico y metodológico que nos asedia.

Entiendo, también, que en *Comunicación*, en sus páginas y en sus excepcionales índices bibliográficos se encuentra reunida una visión prácticamente exhaustiva de todos los temas que en estos veinte años han interesado en este campo de acción y de pensamiento. La comunicación y



la opinión pública, las alternativas comunicacionales, las políticas de comunicación, la Ley de Periodismo, la comunicación transnacional, los rituales electorales, la comunicación popular, la integración latinoamericana, la violencia, la radio, la televisión, el cine, el deporte, la publicidad, y cualquier otro tema que uno pueda imaginar, ha tenido a menos una reseña en estos veinte años de existencia.

Pero lo más importante es que la revista *Comunicación* es un itinerario del afecto, un compendio de la memoria y un mapa ideológico de varias generaciones de comunicadores, investigadores, analistas, dirigentes gremiales y activistas sociales que ya sea como autores, como temas o como referencias han quedado registrados en sus páginas. Es muy difícil que alguien que haya tenido cosas que decir en Venezuela sobre el tema de la revista no tenga algunas cuartillas publicadas en ella. Tomamos cualquiera de los índices que cuidadosamente han elaborado sus editores y conseguiremos, en una mezcla absolutamente pluralista, nombres de amigos y opositores, de aliados y confrontados, de escritores admirados y de lo mejor de nuestra

inteligencia. Susana Rotker, César Miguel Rondón, Sebastián de la Nuez, Pedro Trigo, Mikel Viana, Ludovico Silva, Jesús Sanoja Hernández, Héctor Mujica, Jorge Villalba, Antonio Pasquali, Martínez Terrero, Víctor Suárez, Federico Alvarez, Oscar Lucien, Gilberto Alcalá, Roldán Esteva, Roberto Hernández Montoya, mezclados con James Halloran, Xavier Rubert de Ventós, Diego Portales, Herbert Schiller, Miguel de Moragas, Michel y Armand Mattelart o Wilbur Selman. Y que conste que estoy leyendo al azar y no he pasado las primeras páginas de un índice que tiene 64 páginas.

Si me viera obligado a resumir en una sola frase su aporte, diría que la revista *Comunicación* es el testimonio de una vocación intelectual, de un compromiso político, y de una capacidad de trabajo excepcional en el contexto de las prácticas venezolanas sobre investigación de la comunicación y la cultura. Y agregaría, que ha sido actor, testigo y narrador del contradictorio proceso de surgimiento, ocaso e intento de recuperación de un vigoroso movimiento intelectual que trató de pensar al país—y en particular a la cultura y la

comunicación— con cabeza propia, pero que ha entrado en un proceso de agotamiento cuya posibilidad de superación tiene esperanzas puestas en este equipo que en ningún momento ha abandonado el debate.

Veinte años son implacables. Debemos decirlo. Mientras Venezuela dejó de ser la vanguardia que alguna vez fue en el pensamiento sobre cultura y comunicación. Mientras la capacidad de adaptarnos a los cambios y encontrar respuestas adecuadas a las viejas y a las nuevas preguntas se ha visto disminuida. Mientras las universidades públicas y sus centros de investigación muestran cada vez más su incapacidad para generar nuevos conocimientos y adaptarse a las nuevas tecnologías de información. Mientras los rígidos esquemas de pensamiento amenazan con asfixiar los ideales de justicia y democracia y permiten ganar terreno a sus enemigos. Mientras todo esto sucede, *Comunicación* continúa encarnando una referencia y un recordatorio. El recordatorio sagrado que aún en medio de las más grandes dificultades, de las más grandes tragedias, de las más difíciles contingencias colectivas, o mejor dicho, con más razón que nunca, en medio de estos tiempos amargos, el pensamiento y la reflexión, la capacidad para evaluar la vida que vivimos, de entender y ayudar a los demás a comprender el significado de los procesos en los que estamos inmersos, es una de las más apasionantes y de las más importantes tareas humanas.

A su manera, desde sus posibilidades, en su continuidad y en su amplitud para el debate, la revista *Comunicación*, sin aspavientos, ha cumplido esta función y como venezolanos de esta época, como lectores, como compañeros de dudas y certezas permanentemente alteradas, como amigos que los hemos visto en su trabajo, como intelectuales, no nos queda más que decirles gracias por estar vivos, por alimentarnos agudas esperanzas, someter a duda entusiasmos efímeros, y por contribuir a entender que los caminos de la justicia y del pensamiento no son ni únicos ni pocos.